



UNA CRISIS GRAVÍSIMA

En esta grave crisis, y no del Gabinete o Consejo de ministros tan sólo, sino de algo más sustancial para el régimen, hay un incidente al que creemos que no se le ha dado toda la importancia que tiene. Es la dimisión que presentó el capitán general Weyler — el otro único capitán general fuera del rey — de su cargo de jefe del Estado Mayor Central del Ejército. Fundaba su dimisión, según se ha hecho público, en que para nada le consultaba a ese Estado Mayor Central sobre la marcha de la campaña y las operaciones militares en Marruecos. Que si el Alto Comisario no formó el plan del desdichado avance del general F. Silvestre sobre Alhucemas, sino a lo sumo se le dió a conocer previamente como por fórmula, tampoco debió de haber conocido de él el Estado Mayor Central. ¿Y quién sabe si el plan no era ni del general que fué su más graduada víctima! ¿Quién sabe si es que no hay persona acostumbrada a que no se discutan lo suficiente sus iniciativas y que encima se crea una capacidad estratégica! Esto sería lo más nefasto.

Muchas veces hemos pensado la solidez demente y la seguridad casi maravillosa de juicio que necesita tener un hombre cuyas opiniones, cuando las expresa, no son lo suficientemente contrastadas y hasta son por vía de adulación compartidas. Y hasta en lo más insignificante. Si uno, por ejemplo, se siente aficionado al ajedrez y quiere aprender a jugarlo debe de ser perniciosísimo para su sentido el que se deje ganar por él un gran jugador. Porque así se llega a no poder saber si se tiene o no razón. Y en quien la tenga, a perderla. Pues es cosa de perder la razón, de volverse loco, el no encontrarse con el contraste de los libres juicios ajenos.

Lo más característico del loco en relación al cuerdo no es su lógica — Don Quijote era un razonador lógico formidable, — sino que parte, como de premisas, de alucinaciones. Y aun cuando el

cuerdo, puede también sufrirlas, tiene el correctivo de las apreciaciones ajenas. El hombre que está viendo constantemente algo concreto y real que los demás declaran no ver debe de pensar que sufre una alucinación. Y sabemos de algún caso en que a algún pobre sujeto se acabó por trastornarle el seso gastándole la broma de que los demás veían en él lo que él, por su parte, no veía en sí mismo.

Figurémonos, por ejemplo, un soberano, todo lo bien intencionado que se quiera y deseoso de servir a su pueblo, pero que sea un Federico II de Prusia en estrategia y que se ponga, con aficionados de su camarilla, a planear campañas; ¿no podría esto llevarle a funestísimos resultados? Y ello podría ocurrir después de una gran guerra en que su pueblo no tomó parte, y que él siguió con el interés deportivo de un aficionado, teniendo sus mapas, con sus banderitas, y ejerciendo de profeta y de crítico estratégico. Lo que es muy expuesto a que luego se sienta llamado a demostrar de lo que él es capaz y a proyectar operaciones y a decir «así se hacen las cosas», cuando parece salir bien una jugada para tener que recogerse cuando sale mal.

La petulancia en los que mandan suele hacer más daño que la mala intención.

Y ahí está el caso del Sr. La Cierva, que si su buena o mala intención es cosa discutible, no lo es su característica petulancia. Parece creerse una capacidad de comprensión por ser, dicen, una capacidad de trabajo. Y en todo lo que ha puesto mano ha demostrado un confusionarismo lamentable. Cuando la discusión de lo de los transportes tuvo que decirle Cambó que parecía ir enterándose del problema según se iba discutiendo en el Congreso. Y ni eso. Porque no, no se enteró. Ni falta que le hace enterarse de nada.

Hoy, día 13, al atardecer, apenas se sabe nada en esta ciudad de Salamanca sobre el desarrollo de la crisis. Crisis, repetimos, más que del Gabinete o Consejo de ministros. «Crisis» quiere decir cernimiento o cribamiento. Y no basta cerner o cribar, zarandeándolos antes, a los ministros; es preciso que quien los cierne o cribe—y zarandee—pueda cerner sus propias ideas, sus propias opiniones, sus alucinaciones acaso. Y, ¿cómo ha de hacerlo si nunca se encontró con un verdadero contraste, si nunca le hicieron ver fuera de sí los propios puntos de vista? Terrible hado el de aquel que acaba por verse avisado y entendido a sus propios ojos porque nunca dispuso de otros, porque los demás no quisieron hacer el ver lo que veían.

Miguel de UNAMUNO.

